en seguida, aprovechando las palabras que había oído, el nombre del caballero Zeno, pronunciado por Marina.

Esto fué para él como un rayo de luz.

— ¡Debe de estar en la embajada! — se dijo, tornando á toda prisa la dirección de la calle de Montmartre. — Si es hijo de Lagardère, como afirma Cocardasse y como yo mismo tengo motivos para creer, nada lo detendrá... ¡La buena sangre no miente!...

¡Ea! Apresurémonos, pues se trata de evitar una desgracia.

Ya se ha visto la exactitud de sus suposiciones y lo oportuna que fué su llegada.

V

LOS DOS AUGURIOS

— ¡Ay! ¡Virgen santa! ¡en qué estado nos trae usted á nuestro querido Felipe! — exclamó Maturina al ver al sargento, que acababa de entrar con Helouin. — Es que está enfermo... ¡miradle la cara!

No carecían de fundamento las exclamaciones de la buena mujer.

Congestionado el rostro, ojos y pupilas dilatados, mirada extraviada aunque brillase con singular resplandor, agitados los miembros por un temblor convulsivo, todo, en la persona del sargento, presentaba los síntomas más alarmantes.

— Tiene que meterse en cama inmediatamente — dijo en voz baja el policía á Maturina; — creo que padece una fiebre cerebral.

— ¡Pobrecito! — gimió la buena mujer. — ¿Lo cree usted?...

— ¡ Mucho lo temo !... además, pronto lo vamos á saber, pues corro en busca de un médico.

— ¿ Médico ? ¡ Si tenemos uno á la puerta !

— ¿ Bueno ?

— Un príncipe de la ciencia... un sabio solicitado por la corte... el doctor Cabalus...

— ¡ César Cabalus ! más valdría á ustedes prescindir de él, señora — dijo desdeñosamente Helouin. — Pero, en medio de todo, tiene usted razón, pues corre mucha prisa... Mándelo que venga á escape. Yo traeré á uno mejor, dentro de un momento.

Entretanto, se lo repito, que se acueste en seguida Felipe.

Salió Helouin precipitadamente, mientras Maturina, siguiendo sus consejos, conducía á Felipe, inconsciente en absoluto, á un cuarto preparado con premura, y, desnudándole como una madre, le obligaba á acostarse.

Por orden suya, Amable Passepoil, muy descompuesto, había abandonado su salón de esgrima, entonces lleno de gente, para correr en busca del doctor á quien Maturina quería dar por médico á su enfermo.

— ¡ Por vida de !... — exclamaba Passepoil al marcharse ; — no es mucho un médico de la corte. ¡ Por salvar al hijo del Pequeño Parisiense yo avisaría á dos y hasta á diez ! ¡ Gastaré en ello todos mis ahorros, si es preciso !

¡ Ah ! ya verá mi noble amigo Cocardasse que yo no soy tacaño !

Pero hablaba más que andaba de prisa, porque,

media hora después, cuando volvió al domicilio conyugal, acompañado de nuestro antiguo conocido el doctor Cabalus, el mismo á quien la condesa Aurora había encargado la autopsia del supuesto cadáver de su hijo, encontráronse ambos en la puerta con otros dos personajes que venían del lado opuesto.

Era Helouin, que precedía á Ángel Raphaëli, médico entonces en boga entre la clase burguesa.

Miráronse los dos colegas, se reconocieron, dejaron ver simultáneamente una sonrisa de desprecio y, sin saludarse siquiera, empezaron á franquear la escalera.

Cabalus no había visto á Helouin y Raphaëli no se fijó en Passepoil.

Los dos estaban por igual orgullosos de su fama ; pero César Cabalus tenía algunos derechos para anticiparse á su rival, tanto por ser médico de la corte, cuanto porque ostentaba en el jubón el cordón de la orden de San Ignacio, honor que le hizo obtener la marquesa de Chaverny, á instancias de su prima, Aurora de Lagardère.

Ya sabemos cuán poco merecía César Cabalus este favor, obtenido á consecuencia del simulacro de autopsia por él practicada en el hotel de Nevers.

Llegados al cuarto que ocupaba el joven sargento, acercáronse los cuatro hombres al lecho, junto al cual estaba arrodillada Marina que tenía á su lado á Maturina, sentada.

El primer cuidado de ambos médicos — y en esto estuvieron de común acuerdo — fué mandar retirar á las mujeres.

Luego, uno y otro empezaron á tocar y auscultar minuciosamente al enfermo.

En el rincón adonde se había retirado, lloraba en silencio la pobre Marina.

Tenía la convicción íntima de que su hermano hubiera vuelto en sí antes, si le hubiesen dejado su mano aplicada contra el corazón.

El joven estaba real y verdaderamente atacado de congestión cerebral, que se anunciaba como de violencia extremada.

Si se piensa en el exceso de trabajo físico y moral á que estuvo sometido seis días, cuando aun sangraban sus carnes por la puñalada que Knauss le había dado en el bosque, cerca de Ostende, no chocará, por robusto que fuese, el que sus fuerzas acabasen por hacerle traición.

Ya hemos visto trabajar á Cabalus; lo mismo que sus demás colegas, anteponía la ciencia á la compasión.

Aunque con menos pretensiones, Raphaëli estaba cortado por el mismo patrón.

Cuando tropezaban con un « buen caso », no cabían en sí de alegría, y sin cuidarse de la angustia que causaban, no sólo al paciente, sino también á cuantos le rodeaban, no se comedían para enumerar con cruel prolijidad los diversos elementos mórbidos que constituían, según ellos, la enfermedad en cuestión, así como también las fases por que tenía que pasar el enfermo, por penosas y dolorosas que fuesen.

El mal de Felipe parecía ser que se encontraba en la categoría de los « buenos casos », porque, así que

nuestros sabios personajes hubieron observado su naturaleza, iluminároнse sus facciones con un profundo rayo de alegría.

César Cabalus fué el primero en hablar, como era su derecho.

— ¡Soberbio! — exclamó — Plegmasis de la aracnoide visceral y de la pía máter con edema de la sustancia medular, complicada de ataxia de... Hace mucho tiempo que no me ha caído tal breva...

— Ni á mí tampoco — replicó el otro. — En cuanto á la complicación de ataxia, no digo; pero el aplanamiento general procede de una doble hemorragia cerebral.

Maturina escuchaba con espanto aquella letanía de nombres bárbaros, preguntándose cómo era posible que el joven padeciese tantos males á la vez.

Marina rezaba y lloraba.

Afortunadamente, no estaba Felipe en estado de comprender una sola de las palabras que herían sus oídos; pues, de lo contrario, hubiera creído llegada su última hora.

La voz chillona de Cabalus continuó:

— Interesante sujeto de estudio, en verdad, muy interesante. ¡Ah! ¡mucho va á trabajar la calentura, pues ha tropezado con un mozo que le dará tela!

— ¡Caramba! — añadió examinando la musculatura del enfermo — ya hay aquí con qué resistirla... y yo me encargo de lo demás...

Raphaëli, especie de gigante, á cuyo lado parecía un enano su colega, interrumpió con voz hueca:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

— Pero, ¿de qué sirve usted, en un caso tan urgente?... ¿qué puede usted hacer?... ¡mientras que yo!...

Ya estaba declarada la guerra, y Cabalus se disponía á replicar, cuando la señora de Passepoil preguntó, ansiosa:

— ¿Está en peligro?

— Sí y no, — contestó Cabalus. — Según... Sí, si se forman depósitos plásticos y purulentos; no, si no se forman.

— ¡Ah! — exclamó Maturina, que se quedaba tan enterada como antes.

— Pero — interrumpió el maestro de armas — ¿teme usted la formación de esos depósitos?

— No puedo contestarle por ahora; antes, necesito ver la marcha del mal.

Si se acentúa la cefalalgia que ahora existe, es mala señal; si, por el contrario, disminuye, tenemos probabilidades de que no aparezca la gravedad.

— ¡Oh! ¡sálvenle! ¡sálvenle! — suplicó Marina uniendo las manos.

— Buena proposición — dijo con sorna el doctor italiano: el oráculo de los enfermos de la corte de Francia se vería en la imposibilidad de parar la marcha de una congestión tan caracterizada... yo, al contrario, respondo de todo... déjenme obrar, y ya verán...

En un abrir y cerrar de ojos, desabrochóse de arriba abajo el jubón, arremangóse todo lo posible las mangas, descubriendo así brazos de atleta, y, armado de bisturí, acercóse al enfermo.

Llegaba ya al lecho y estaba alzando las mantas, cuando César Cabalus, heroico y fuerte como David ante Goliath, se interpuso entre él y Felipe, sobre cuya cabeza extendió, con soberbio ademán de protección, su delgada y velluda mano.

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! — exclamó en tres tonos diferentes. — ¿Querría usted aplicarle sangijuelas, ventosas, vejigatorios, sangrarlo, tal vez ponerle sinapismos?... ¡Me opongo!

¡Qué horror! Luego, ¿se introduce en nuestro respetable cuerpo medical, la repugnante llaga de la ignorancia?...

¡Lo mismo sería aplicar cauterios á una pata de palo!... ¡Sangre, aplique sanguijuelas ó ventosas al sujeto, y éste morirá! ¡si le pone vejigatorios, *item*! ¡si sedales, *idem et per eamdem rationem*!

No basta decirse Esculapio, la cosa es serlo, y usted no entiende nada, ya se ve, al confundir una neuritis, que existe, con una parálisis de los lóbulos cerebrales, que existe también, pero sólo en usted...

— ¡Ándese con ojo! — exclamó Raphaëli, que hasta entonces apenas había podido contenerse.

— ¿Por qué? — preguntó flemáticamente Cabalus, encogiéndose de hombros.

Luego, continuó:

— Lo verdadero, lo bueno, lo útil es tener un sistema y seguirlo. .

El sudor, caballero, no hay como el sudor, secreción acuosa que es el verdadero principio vital que se esparce por los poros de cada ser... ¡Diga usted lo contrario!

Con este modesto intrumento y la inteligencia que hay aquí — enseñó su lente y se tocó en la frente — yo veo el fondo de las cosas y domino, sin distinción, los males que se ceban en la naturaleza.

— ¿La ataxia también?

— ¡La ataxia sobre todo! Armado del secreto de las transpiraciones, actúo sobre el trisplánnico, lo mismo que enderazaría con un martillo un clavo torcido.

Todos los asistentes escuchaban con estupor tan larga divagación

Aprovechando un momento en que se veía obligado á tomar aliento, César Cabalus se inclinó contra Felipe y aplicó el cristal de aumento contra sus húmedas sienes.

— ¿Qué decía yo? — continuó, irguiéndose — Mi sistema es mágico.

Veo más allá de los horizontes visibles.

Los ignaros me tratan de sudorópata; pero soy hidrópata, que es lo que constituye mi fuerza y hace rabiar á los demás...

¿Quieren ustedes saber cómo se llama el mal que ataca al sujeto? Es una corea... ¿Le sorprende esto?... Una corea cataléptica...

— ¡Usted está loco! — gritó como exasperado el doctor Ángel Raphaëlí. — Este hombre se muere si no le sangran.

— Inmundo charlatán, probablemente se irá, sin su auxilio... Ha tenido un gran disgusto, no hay duda. No tiene ya fuerzas; ¡por qué, pues quitárselas? *Contraria contrariis curantur*, ¿sabe usted?

— Lo que contraría es oírle á usted, venerable colega — declaró Raphaëli, quien, en calidad de italiano, no entendía una traidora palabra de latín.

— Y verle á usted — repuso agriamente Cabalus.

— ¡Es usted un viejo fatuo!

— *Asinus asinum fricat*, querido colega!

— ¿Acabarán ustedes de decirse crueles verdades? — interrumpió de pronto Helouin, que no había hablado aún. — No son estos tiempo ni lugar á propósito; acuérdense del enfermo.

— ¡Hola! ¡tanto gusto en verle! — dijo el doctor Cabalus al reconocer al policía; — recuerdo haberle visto hace mucho tiempo. Era en el hotel de... bueno, bueno, hay que guardar los secretos... y no diré en qué hotel se verificó la cosa...

— ¡Que me den de beber!... Tengo sed, —pronunció una voz debilitada.

Felipe acababa de incorporarse en el lecho, y sus extraviados ojos se fijaban en los que le rodeaban.

De un brinco, colocóse á su lado Marina.

— ¡Toma! — exclamaron los dos doctores — Estaba previsto.

Cogieron los sombreros.

— ¿Se van ustedes? — preguntó Maturina.

— Vamos á asistir á otros más urgentes. Este no nos necesita.

— ¿Cómo? — preguntó Passepoil — creí haber comprendido... ustedes decían que se iría...

— ¡Hemos dicho — replicaron á una los dos médicos — que el joven se iría por su propio pie!

Detuviéronse sorprendidos, porque oyeron en el cuarto una estridente carcajada.

Era Felipe, que reía...

— El pobre muchacho ha perdido la razón — exclamó, espantada, Maturina.

— Seguramente — declaró Raphaëli — ¡la congestión cerebral!

— ¡La corea cataléptica! — exclamó, cual un eco, Cabalus.

Cada uno llenó toda una página de prescripciones, y se marcharon con Helouin, después de prometer Cabalus que volvería por la noche.

Por más que hicieron, Marina quiso instalarse á la cabecera del lecho del enfermo.

Constituyóse en enfermera.

— Por causa mía está así — decía, enjugándose sus irritados ojos; — á mí, pues, me toca cuidarlo. No me moveré de aquí hasta que se halle completamente curado.

Tuvieron que dejarle que hiciera lo que quería.

La misma noche, volvió el doctor Cabalus, según había prometido.

Como el auditorio era más escaso, mostróse menos hablador el médico; y ya que la cefalalgia había perdido algo de su intensidad, el doctor, tras examen, pudo dar esperanzas á las dos mujeres.

De todos modos explicó que no estaba en su poder atajar el mal, el cual había que dejar seguir su curso.

— Durante cuarenta y ocho horas — dijo — va á tener gran somnolencia de día, é insomnio de noche...

luego, será presa de agitación violenta acompañada de delirio con intermitencia de convulsiones, y, en fin, se presentará un período de calma al cabo del cual estará, sin duda, la curación...

Á menos que sea la muerte — añadió para su capote.

No tardaron en producirse los primeros de estos fenómenos.

El tercer día, en efecto, á media noche, hallándose junto al enfermo la señora de Passepoil y Marina, en compañía de Cocardasse, que había acudido la víspera, á enterarse de tan triste nueva, el joven empezó á tener síntomas de desorden mental.

Él, que hasta entonces había permanecido en absoluto mutismo, empezó de repente á hablar con una volubilidad extraordinaria, emitiendo al principio sonidos ininteligibles.

Luego, fijando su mente las imágenes que se formaban en el cerebro, sus palabras se volvieron más claras, adquiriendo sentido.

Eran los acontecimientos más recientes, los cuales semejaban aparecérsele como en un caleidoscopio.

— ¡Ea! ¡veterano!... exclamó — Lancémonos á las narices de los caballos :... ¡Cuidado!... ¡que llega el coche!... ¡Ya esta aquí!... ¡Adelante!...

Y enderezó su cuerpo, cual si realmente se arrojase á la cabeza de un caballo.

Después, crispáronsele algo las facciones, sus brazos se agitaban como si quisiera detener á un ser imaginario.

Poco á poco, un rayo suave le iluminó el rostro :

— ¡Olimpia! — murmuró como encantado; — ¡se llama Olimpia!.. he oído su nombre...

— ¿De qué habla? — preguntó por lo bajo la señora de Passepoil á Marina; porque en lo que Felipe le había contado respecto á su vida desde que salió de París, nada le había dicho de su encuentro con Olimpia Chaverny.

— No lo sé — repuso la joven, que repentinamente se había puesto pálida.

En cuanto á Cocardasse, que hubiera podido enterarlas, era tal su emoción, que no oyó ni la pregunta ni la respuesta.

— Olimpia — repitió Felipe — ¡Oh! ¡cuán bella es!... ¡Qué encantadora!... Pero se marcha... ¿Á dónde va?... Ya no la veo...

Entristecióse su fisonomía.

Transcurrieron algunos minutos.

De pronto, tornáronsele amenazadoras las facciones.

— ¡Ah! ¡ah! — exclamó con voz potente, — ¡ocho contra dos! ¡qué cobardes!... ¡y Knauss es quien los manda!...

¡Ah! ¡bandido, no te escaparás esta vez!

Entonces, saltando de la cama y cogiendo la vaina de su espada, que habían dejado en una silla, la empleó como si fuera la hoja.

Representó de cabo á rabo el combate que había sostenido en la hostería de los *Tres Aguiluchos* contra los teutones; y tenía aquello tanto vigor y tanta verdad, que Cocardasse, que se había precipitado contra él, para volver á meterlo en la cama, estuvo á punto de ser

herido y le costó Dios y ayuda hacerse dueño de él.

Las dos mujeres quedaron aterrorizadas.

De nuevo volvió el nombre de la señorita de Chaverny á los labios de Felipe, en cuanto pudo oírsele á éste.

— ¡Olimpia! — continuó — ¡Otra vez ella!... Me hace una seña... ahí, detrás de mí... un asesino...

¡Ah! ¡miserable!

É hizo como si diera una estocada de lado; luego, con profunda emoción, añadió:

— Le debo la vida... ¡Á no ser por ella, estaba perdido!...

Entonces pareció absorberse en sus pensamientos y sólo habló en voz baja, con el rostro en éxtasis.

Maturina, al verlo ya tranquilo, quiso que se retirase Marina.

— Vete á descansar, hijita, — le dijo; — ya van dos noches que pasas en blanco; es demasiado; yo le velaré, con Cocardasse.

— No, señora Maturina — repuso resueltamente la muchacha — ya le he dicho que mi puesto está al lado de Felipe, y no me separaré de él por nada del mundo.

La señora de Passepoil comprendió que era inútil insistir y, como ya se hacía tarde, llevóse consigo al gascón y fué á reunirse con Amable.

En cuanto se quedó sola, Marina lloró... lloró mucho.

El sentimiento que llenaba su corazón y que nunca supo ella definir, acababa de revelarse súbitamente, con toda su fuerza.

Ya no podía ocultárselo á sí misma: amaba con

pasión al compañero de su infancia; y al nombre de Olimpia pronunciado por él — ¡con qué dulzura, con cuánta embriaguez! — produjósele en el corazón un horrible desgarramiento.

¿Pensó algún día verse correspondida en su amor?

Nunca se había dirigido esa pregunta; puesto que ignoraba la naturaleza exacta del afecto que tenía á Felipe; pero la misma ignorancia en que se hallaba, le había cuando menos impedido el tener la certidumbre de no ser correspondida.

Mientras que ahora, estaba todo muy claro, ella se veía doblemente iluminada: acerca de su amor al joven y respecto de la seguridad de que nunca lo compartiría éste.

Puesto que, aunque Felipe no hubiese confesado su pasión por la señorita de Chaverny, el golpe recibido por Marina al oír su nombre, se la había revelado tan claramente como si él la hubiera declarado.

Toda la noche dejó la pobre muchacha correr sus lágrimas.

Así experimentaba gran alivio.

Felipe acabó por dormirse.

Con los ojos clavados en su encantadora cabeza, tan fina y, al mismo tiempo, tan enérgica, pensaba en la felicidad que para ella hubiera sido el convertirse en compañera suya, el apoyarse en aquel brazo valiente, tan temido, y recorrer, por él sostenida, el arduo camino de la vida.

¡Ay! vanas ilusiones...

Para otra estaba reservada tan suprema alegría.

Además, ¿podía ella permitirse tal esperanza, con la imborrable tacha que sobre sí caía?

¿No estaba destinada para siempre á llevar el peso de su deshonra, ella, pobre víctima?